

HÉCTOR GARCÍA LA ERA DE LA ETERNIDAD



minotauro LABERINTO

HÉCTOR GARCÍA
LA ERA DE LA
ETERNIDAD

minotauro LABERINTO

La Era de la Eternidad

© Héctor García, 2022
www.kirainet.com
© Francesc Miralles, 2022

© Mapa: Pablo Uría, 2022

Imágenes interiores de © Shutterstock, Free PNG y Wikimedia Commons

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0990-1

Depósito legal: B. 205-2022

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del CódigoPenal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

EL ÚLTIMO RETRATO

Las manecillas de mi destino comenzaron a torcerse un domingo en el que una energía misteriosa me impulsó a limpiar el despacho.

Había pasado la mañana puliendo el diseño de un reloj. Tras varios días finiquitando los componentes mecánicos del interior, estaba orgulloso de la organización de las ruedas y piñones del tren de rodaje para que los engranajes pudieran verse desde fuera.

Me encontraba tan concentrado en la pantalla, ajustando los últimos detalles, que solo cuando escuché las primeras gotas de lluvia golpeando la ventana me di cuenta de que llevaba horas en silencio absoluto. Por una vez, no sonaba la música que solía enmascarar mi soledad de *freelancer*. Noté un leve dolor de cabeza y me invadió una sensación de desasosiego.

Me alejé de la pantalla para contemplar el resultado final, como si fuera el cuadro de un museo. Decidí que había terminado: nada que añadir, nada que eliminar.

Envié los archivos del diseño al cliente suizo que me pagaba y me sumergí por un instante en la etérea satisfacción que sentimos los seres humanos al acabar algo. Poco después, sin em-

bargo, un nuevo vacío se abrió bajo mis pies al preguntarme: «¿Y ahora qué?».

Puse en el tocadiscos la cara B de mi vinilo favorito, un álbum de Sakamoto, de 1999, titulado *BTTB, Back To The Basics*. Preparé beicon a la plancha y lo acompañé con dos huevos fritos, lechuga y pepinillo. Pero ni la música ni la comida parecían tranquilizarme.

Siguiendo mi ritual de cierre de proyecto, entre bocado y bocado fui tirando a la basura las pruebas impresas del diseño que acababa de enviar. Coloqué los lápices y rotuladores en el bote correspondiente, e incluso limpié el polvo acumulado en el monitor con una toallita.

Mis amigos consideraban que era extremadamente *vintage* seguir usando papel. Decían: «Estás atrapado en la nostalgia del pasado», pero a mí me ayudaba en el proceso creativo. Era una costumbre que me había inculcado mi padre: «Si no sabes solucionarlo con lápiz y papel, aunque utilices un ordenador para resolver el problema, no llegarás a entender nada. El lápiz te ayuda a pensar, el ordenador piensa por ti».

A continuación, me preparé un té verde y me senté en el sofá con la intención de dejarme llevar por la otra cara del disco. El sonido de la lluvia se había tornado tan intenso que se entremezclaba con la melodía de «Energy Flow», y dejó de ser el piano de Ryuichi Sakamoto para convertirse en algo diferente.

Incapaz de liberarme de la ansiedad, me levanté otra vez dispuesto a seguir limpiando. Al ir a buscar la aspiradora, abrí un armario empotrado junto a la puerta. Llevaba cerrado desde el día que había entrado en aquel apartamento, hacía ya media década.

Dentro había tres cajas de cartón.

La primera estaba llena de dibujos de dragones. Había sido mi vía de escape durante mis años de estudiante. Observé aquellas láminas y papeles con fascinación. Algunos tenían tanto detalle que parecía que las escamas fueran a salirse de la hoja.

Me pregunté si seguiría dibujando tan bien como entonces.

En la segunda caja encontré una vieja colección de fotografías. La mayoría eran instantáneas de varias chicas con las que había salido que casi había olvidado. Entre ellas vi un par de fotos de la última de las chicas. Habíamos salido juntos un tiempo pero, al cumplir ella los treinta, decidió cambiar de rumbo: «No compartimos los mismos propósitos vitales». Al principio pensé que era una broma. Instalado en una cómoda resignación, me había hecho a la idea de que pasaría el resto de mi vida con ella, pero la estocada definitiva llegó al descubrir que ya tenía a otro.

Desde aquel último desencanto, estuve solo y perdí la esperanza de volver a encontrar a alguien con quien compartir el resto de mi vida.

Con un sentimiento residual de amargura, cerré la caja y la empujé al fondo del armario.

Procedí a abrir la última caja. Estaba llena de cosas inservibles que fui metiendo sin piedad en una bolsa de basura: postales de mi primer viaje a Nueva York, una caja de bombones que me había regalado mi abuela inglesa, revistas de diseño industrial, libros que nunca terminé de leer, música que me había dejado de gustar...

Entre todas aquellas reliquias apareció un retrato junto a Mia, una balsa para dos en el naufragio del tiempo. Casi había olvidado aquella foto de colores desvaídos.

Ambos sonreíamos sin rubor. Sus ojos verde esmeralda, grandes y a la vez rasgados, se fijaban en la cámara con tal intensidad que daba la sensación de que ella mirara a través de una ventana. Dos pendientes blancos brillaban en la foto y daban un toque gracioso a sus orejas, diminutas en comparación con su cara redonda, más grande de lo esperable en un cuerpo delgado como el suyo.

Su nariz diminuta, casi inexistente, remitía a sus orígenes. De madre japonesa, siempre había sido la rara del colegio. Quizá por eso habíamos hecho migas.

Mia vestía una camiseta azul con tirantes que dejaba a la vista la piel clara de sus hombros. Yo llevaba un suéter negro

que aún me pongo a veces, cuando no me apetece salir de casa: tiene la ecuación de Schrödinger en el centro y un gato blanco camina sobre ella.

La foto evidenciaba que llevaba meses sin cortarme el pelo. Mi cabeza era una especie de maceta que sostenía una marabunta de cabellos. Mis brazos aparecían todavía sin vello, pero comenzaban a mostrar unos bíceps abultados gracias al entrenamiento en el gimnasio que había empezado a tomarme en serio. Aun así, tenía aspecto de friki.

Su mejilla estaba apoyada en mi hombro. Los flecos de pelo oscuro caían hasta mi pecho y tapaban la cabeza del gato blanco. Ella se inclinaba relajada encima de mí, pero en la imagen yo parecía tenso, con el torso recto y ligeramente inclinado en dirección contraria a Mia.

Al mirar otra vez sus ojos, sentí como si se abrieran dos compuertas en el tiempo. Volvía a tener diecisiete años y me encontraba junto a ella en aquel sofá gris oscuro.

Había conocido a Mia en el instituto, tras llegar con su familia desde Japón porque a su padre, que era estadounidense, lo habían trasladado dentro de su empresa. De hecho, él trabajaba en la misma multinacional que mi padre, pero en un departamento distinto.

Al ser hija de madre japonesa y padre americano, un aura exótica la acompañaba. Era una chica extravagante pero, dentro de las raras, al ser la más guapa, poco a poco se convirtió en la líder de un grupo de frikis del manga japonés. En cambio yo, en mis tiempos de estudiante, era un alma solitaria.

Al principio me costó entablar amistad con ella, pero cuando vio que era un apasionado del mundo japonés y de los videojuegos retro, como ella, terminamos hablando casi a diario. Aun así, nuestro romance nunca cruzó los límites de mi fantasía. Mi obsesión por ella llegó a tal extremo que hubo épocas en las que aparecía cada noche en mis sueños.

Mia era una de esas chicas de las que te enamoras cuando eres joven, pero no tienes agallas para intentarlo de veras. Me pasé años viendo cómo iba cambiando de novio mientras yo

era el «pagafantas», el amigo pringado que la escuchaba cuando se hundía. Después de usarme como paño de lágrimas, siempre encontraba a otro.

Somos muchos los que fantaseamos con regresar al pasado para cumplir lo que nos negamos en su momento.

Mia y yo nos habíamos hecho la foto una noche en mi casa, aprovechando que mis padres estaban de viaje de negocios. Ella me había pedido ayuda para un examen de matemáticas. Casi siempre quedábamos en la biblioteca, pero, aprovechando la ocasión, reuní valor y la invité a que viniera para estudiar juntos.

Fue la primera vez en mi vida que invité a una chica a casa. Supongo que es por eso, y también porque fue la última vez que la vi antes de que desapareciera, la razón por la que recuerdo con detalle lo que sucedió aquel día.

Resolvimos ejercicios con matrices y tensores cuyos pasos le iba explicando uno a uno. Pronto Mia comenzó a bostezar y, al final, ni siquiera me escuchaba.

—Las matemáticas me matan de aburrimiento, yo quiero que mi vida sea una aventura —dijo ella.

Le solté un rollo sobre que las matemáticas también son una aventura, ya que sirven para descubrir el código secreto que permea las leyes físicas que gobiernan el universo, pero no pareció motivarla lo más mínimo.

Dio un respingo y meneó su naricita de izquierda a derecha. Era un gesto que la afeaba durante un instante y que solía hacer de forma instintiva cuando algo no le gustaba.

Se retiró del escritorio al sofá.

Sacó de su bolso la novela *El rumor del oleaje*, de Yukio Mishima, y se puso a leer. La lectura la absorbió de tal forma que daba la sensación de que ya no estaba allí conmigo.

Seguí estudiando, pero al cabo de un rato largo también desistí. No podía quitarme de la cabeza que estaba a solas con ella. Fui a la cocina y, tras calentar agua, preparé dos botes de Cup Noodles.

Los dejé reposar tapados en una mesita frente al sofá, pero ella no levantó la mirada hasta que leyó la última página de la

novela diez minutos después. Entonces destapamos los Cup Noodles y, entre sorbo y sorbo, conversamos sobre el libro de Mishima.

—Me he enamorado de Shinji —dijo Mia.

Era el protagonista de la historia. Yo había terminado aquella narración corta antes de prestársela a Mia. Era la primera vez que leía una novela entera en japonés.

—Solo es un personaje de ficción que surgió de la imaginación de Mishima.

—Para mí es muy real. Sobre todo la escena en la que Shinji besa por primera vez a Hatsue en mitad de la tormenta, junto al calor de la hoguera, ambos desnudos...

Sus mejillas, perfectamente redondas, se sonrosaron conforme describía aquel pasaje de la novela.

—Pero, tras el beso, ella lo rechaza —rebatí—. Además, la madre de Hatsue se opone a que su hija se case con Shinji. Es sorprendente que los valores tradicionales y la opinión de las familias en el Japón de aquella época fueran tan determinantes.

—No has entendido nada.

Mia hizo una pausa para coger con los palillos los últimos fideos del fondo del bote y luego continuó explicando:

—La opinión de su familia pesa algo en ella, pero lo que la frena no es eso. Ve a Shinji como un niño, no como a un hombre. Se siente insegura con él.

En aquel instante no pude dejar de comparar la relación entre Shinji y Hatsue con la nuestra. Mia siempre me usaba para contarme sus romances con chicos mayores. Me preguntaba cuál era la diferencia entre ellos y yo, y qué la impulsaba a decantarse por chicos que terminaban dejándola tirada. ¿Los veía a ellos como a hombres y a mí como a un niño?

—Solo cuando Shinji lleva a cabo un acto heroico, es decir, cuando salva el barco del naufragio al final de la novela, se convierte en un verdadero hombre. Entonces es aceptado, no solo por la familia de su futura mujer, sino también por ella. Hatsue siente que puede por fin abrirle su corazón.

«Un acto heroico», pensé revisando mentalmente lo que

había sido mi existencia hasta aquel momento. Con diecisiete años, lo más heroico de mi vida había sucedido en los videojuegos, al matar a monstruos digitales formados por píxeles.

Conforme terminaba mis *noodles*, me quedé mirando la portada de la novela. Era una ilustración de una isla con casitas, un faro y un templo que se asomaba entre los pinos con formas esculpidas por el viento del mar.

—Algún día me gustaría vivir en Japón —dije—. En una isla como la de Shinji y Hatsue.

—Pues a mí el mar me aterroriza —replicó Mia—. Antes de trasladarnos aquí, me crié en una casita en las montañas de Kioto hasta que cumplí los diez. En verano, mis padres me llevaban a la playa de Asamogawa con la intención de que nadara, pero en cuanto veía el mar desde el coche me entraba el pánico.

La voz de Mia se cortó y su cara palideció conforme se reclinaba en el sofá. Sin entender aquella fobia por el mar, le serví un vaso de agua. Al hacerlo, nuestras miradas se encontraron y me di cuenta de que nuestras piernas se estaban tocando.

—Mejor en las montañas, pues —dije para cambiar de tema.

Tras apurar el agua, se incorporó y nuestras piernas dejaron de rozarse.

—En nuestra casa de Kioto teníamos un jardín con cerezos *sakura* rodeados por un bosque de bambú —siguió explicando, ya recompuesta—. Los mejores recuerdos de mi infancia son jugando bajo los cerezos en flor al principio de la primavera con Mukku, nuestro perro. Fue mi mejor amigo cuando vivía en Japón. Quería tener un hermano, pero mis padres siempre tuvieron otros planes.

Hizo una pausa y dejó el vaso de agua junto a los botes vacíos de Cup Noodles.

—En el futuro, quiero tener dos hijos y un perro —declaró Mia, que se giró dirigiéndome una mirada inquisitiva.

—Creo que sería feliz con dos hijos, un perro y una casa en las montañas de Japón —dije.

Entonces sentí el valor de llevar mi mano a su cintura. Ella

inclinó su cabeza, apoyándola en mi hombro, y nos sacamos el selfi que más tarde imprimiría.

Todo aquello había sucedido a los diecisiete. Veinte años después, observando la foto absorto en los recuerdos de aquel último día juntos, sonreí al reconocer la inocencia de nuestra juventud, cuando aún no sabíamos lo que nos depararía el futuro.

Tras inmortalizarnos en aquella imagen, me observó fijamente mientras arreglaba con sus dedos las greñas de mi flequillo. Le devolví la mirada por un instante y supe que era el momento de besarnos.

Pero, una vez más, me quedé paralizado.

Aquel beso que nunca se consumó, y lo que hubiera querido decirle, se quedaron suspendidos en el tiempo.

Nervioso, sin saber cómo reaccionar, enchufé la videoconsola. Al ver que se había hecho tarde, Mia me preguntó si se podía quedar a dormir, y mandó un mensaje a sus padres diciendo que estaba en casa de una amiga.

Jugamos a un videojuego en el que viajamos por países asiáticos y exploramos ruinas arqueológicas. Al rato, noté que ella había dejado el mando de la videoconsola encima del libro de Mishima. Dormía.

La tapé con una manta y seguí paseando por un templo budista en el mundo pixelado del videojuego hasta que el cansancio pudo conmigo y también me quedé dormido en el sofá.

En algún momento de la madrugada abrí los ojos y vi su sombra a medio palmo de distancia. Había cambiado de posición y ahora dormía sobre mi hombro. Una de sus manos reposaba sobre la mía. Sentí un agradable escalofrío. Podía notar el ritmo de su respiración, la tibieza de su cuerpo y la caricia de su aliento cálido en mi cuello. Con la mano libre, le aparté un mechón de pelo que le cruzaba los labios para comprobar que no era una alucinación.

Me dormí de nuevo con la sensación de estar cumpliendo un sueño, aunque de forma extraña e inaprensible.

El último recuerdo que guardo de ella es el agradable tacto de su mano sobre la mía.